Mario Soria: CHATEAUBRIAND O UN ESPÍRITU INCORRECTO®

El cuarto volumen de la sección "Biographica" de la Editorial Criterio, en la que Carmelo López-Arias está prestando un extraordinario servicio a la cultura y a la religión, aunque lamentablemente pase aún bastante desapercibido, presenta ahora la inmensa y discutida figura de François René de Chateaubriand, vizconde de Chateaubriand (1768-1848), cumbre cimera del Romanticismo y testigo y protagonista de una de las épocas más agitadas y apasionantes de la historia universal. Y de cuyas aportaciones aún somos deudores.

Felicísimo el encuentro del biografiado con su biógrafo. Que evidentemente no se ha producido cuando este último tomó la pluma para escribir las largas páginas que ahora presentamos. Tan oceánico personaje bien se merecía un oceánico estudio. Lo ha encontrado. Porque es difícil tropezarse con alguien de tantos conocimientos y tan bien estructurados como Mario Soria. Históricos, filosóficos, religiosos, literarios, artísticos... Casi nada le es ajeno. Quien ha leído sus enjundiosos estudios sobre diversos temas bien lo sabe. Y, sobre todo, quien ha conversado con él sobre casi todo lo divino y lo humano. Porque un punto de abulia displicente le hace rehuir llevar al papel todos sus inmensos saberes.

Con excelente acuerdo ha rehusado escribir una biografía al uso del vizconde francés. Son varias las que existen y poco aportaría una nueva. Aun así la escribió. En apenas quince páginas, las de una tabla cronológica, modelo de síntesis y de saber. Esa es la biografía de Chateaubriand. Las páginas restantes son una inteligente interpretación de su pensamiento y de su vida, de sus éxitos y sus fracasos, de sus creencias y de sus lealtades. Y, al mismo tiempo, de la época, de la religión, de la política, de la

^(*) Criterio Libros, Madrid, 2001, 484 págs.

literatura... Por eso el estudio excede con mucho a la persona. Mil lecturas, mil saberes, afloran en las páginas del trabajo, escritas además en un castellano espléndido. Veinticuatro páginas de índice onomástico dan cumplida referencia de lo exhaustivo de la investigación, refrendada con innumerables notas a pic depágina.

La consideración sobre el catolicismo del vizconde me parece definitiva. Pecados, sí -quien esté libre de pecado que tire la primera piedra, y no lo estaban Courier, Bourget o Saint-Beuve---, pero profundamente, convencidamente, católico. Las observaciones de Soria son, una vez más, acertadísimas: "Porque a veces se cuidan mucho los incrédulos de la consecuencia religiosa y se arrogan la función de expedir credenciales de cristianismo. Excusado es decir que la coherencia es lo debido; pero la vida se presenta a menudo como batiburrillo de contradicciones" (pág. 43). Porque "pretender que tienen los cristianos que ser perfectos por el mero hecho de creer, de modo que, si no lo son, cabe tacharlos de hipócritas, de falsos creyentes, sin término medio" (pág. 44) sí que es utópica hipocresía. No fue un santo, ciertamente - "Soy cristiano sin ignorar mis debilidades" (pág. 33)-, pero no cabe dudar de su catolicismo. El no dudaba: "Me sentaré al borde de la fosa y descenderé audazmente, crucifijo en mano, hacia la eternidad" (pág. 57).

No podemos dar cuenta de todos los testimonios que Soria aduce a este respecto. El lector los hallará en las páginas del libro. Concluyamos este punto con las siguientes palabras del biógrafo: "No fue pecador intelectual el vizconde, sino carnal, consciente de sus culpas, de que debía arrepentirse y necesitaba la intercesión delante de Dios, como le recordó la abnegación de su sobrino Cristián, jesuita en Italia. No transformó sus pecados en virtud, ni se jactó de ellos, ni intentó cohonestarlos. Contradictorio, como todos los hombres, o más que la mayoría de ellos precisamente a causa de su genio, exaltó el cristianismo y fue adalid de una libertad que él quería sometida al primero, que no fuera fin en sí misma, sino medio para lograr el bien, tal como siempre la ha considerado la Iglesia, y lo es por naturaleza" (pág. 73).

Gran viajero, por obligación unas veces y por devoción otras, dedica Sona bastantes páginas a esta andadura de Chateaubriand. Perfectamente, y cultamente, analizados esos viajes, confieso que es lo que menos me ha interesado del libro. En algún punto se notan las preferencias o los desamores del comentarista. Y en Tierra Santa el catolicismo del vizconde (págs. 111-113).

El genio del cristianismo es, sin duda, la obra que le elevó a la cumbre de la gloria y en ella vio la Iglesia, que acababa de salir de las burlas ilustradas -- Voltaire, Diderot, D'Alembert, -- y del baño de sangre de la Revolución, la exaltación de su ser y sus valores. Ella le incluyó, entonces nemine discrepante, entre los católicos, en un puesto de honor entre los apologistas de la Iglesia. Mario Soria la analiza cual un biólogo ante el microscopio (págs. 131-227). Cien páginas minuciosas que rebosan los múltiples saberes del analista. El juicio es totalmente positivo teniendo en cuenta la personalidad y los saberes del vizconde, la época en que se escribió, los gustos de entonces... Como dice el comentarista, "obtuvo extraordinario éxito una obra que demostraba a la vez la belleza y la verdad del cristianismo, llegándose a recomendar su lectura junto a la de los Evangelios y del Kempis. Casi universal se levantaba, pues, la alabanza. Se citaba al autor desde el púlpito, en compañía de los Padres de la Iglesia, y la Academia Francesa lo comparaba con Pascal, Bossuet y San Agustín" (pág. 135). El mismo Pío VII quedó encantado, y de ello dio pública muestra, con la obra de Chateaubriand (pág. 136). Aunque, como muy bien dice Soria, no fue El genio del cristianismo flor ocasional en el jardín del vizconde, porque "defensor del cristianismo es Renato en muchas de sus obras, por no decir en todas, se preocupa de patrocinar la religión, sea expresa y extensamente, sea de paso, cuando se ofrece la oportunidad de romper una lanza por aquélla" (pág. 131). ¡Ay si la Iglesia hubiera tenido muchos Chateaubriand! Aquella primavera que se auguraba con las Restauraciones habría dado muchos más frutos. Pero no se puede culpar por ello a aquel noble en todos los sentidos de la palabra, que había nacido en Saint-Malo hacía poco más de treinta años.

No se crea, por lo expuesto, que el comentarista suscribe todas las afirmaciones del vizconde. La crítica, artística o literaria, es constante y, a mi entender, acertada. Pero ello no obsta al juicio fundamentalmente positivo de la obra cimera de Chateaubriand.

Concluida la lectura de este extenso e intenso capítulo a uno le cabe la duda de cuántos españoles de hoy podrán leerlo sabiendo a quién se refieren autor y comentarista. Aunque la ignorancia reinante no debe hacer que sólo se escriba para ignorantes. No digo yo que sobren las obritas que desde un nivel elemental se dirijan a elementales. Sobre todo si levantan algo la cota intelectual del ignaro lector y mejoran su estulticia. Pero es preciso advertir que aquel que no sabe nada se enterará muy poco del libro de Soria. Lo disfrutará, en cambio, quien tenga algunos conocimientos de la época. Y los aumentará muy considerablemente.

Uno termina esta lectura abrumado por los conocimientos del comentarista y con deseos de saber más. Tendré que preguntar-le por la "pestilencia" que deriva del cardenal Cayetano y de "ciertos teólogos de la Compañía de Jesús" a partir del siglo xvi (pág. 225). Estoy seguro que me dará una respuesta inteligente y brillantísima. ¿También convincente?

Menéndez Pelayo no le entendió. Pero tampoco vamos a defender aquí, desde nuestra inmensa admiración por el santanderino, la infalibilidad de aquel otro gran apologista que fue nuestro egregio historiador. Sin el menor problema estamos dispuestos a reconocer su equivocación.

No voy a entrar en el comentario a las novelas de Chateaubriand. No he leído ninguna y mucho me temo que, por mucha vida que Dios quiera concederme, no las leeré. Tampoco es un capítulo extenso en el libro de Soria (págs. 229-280). Valga, pues, lo que él dice. Que lo ha estudiado. Nunca me ha preocupado la crítica literaria, aun reconociendo su importancia, por lo que lo que pudiera añadir a su comentario sería pura osadía por mi parte.

Si el vizconde fue un más que notable literato no ocupa un puesto inferior en la política de su época. Soria, que omite sus

puestos iniciales y de aprendizaje en la diplomacia napoleónica, de la que le apartó el asesinato del duque de Enghien, nos da esta relación: "ministro en Suecia, caballero de San Luis, ministro del Interior provisional, par de Francia, miembro del consejo privado del rey y caballero de la legión de honor, plenipotenciario en Berlín, embajador en Londres, delegado en el congreso veronés, ministro de Asuntos Exteriores, embajador en Roma. En agosto de 1829, cuando se forma el gobierno del príncipe Julio de Polignac, deja Chateaubriand la embajada romana. Un año más tarde, para no jurar fidelídad a Luis Felipe, abandona su sitial vitalicio y hereditario del senado" (pág. 289).

Y como bien dice, "tal enumeración (...) de cargos no supone un tranquilo cursus honorum, sino, a la inversa, actitudes a menudo díscolas por parte del escritor y la hostilidad de la corte: discrepancias con el gabinete correspondiente, críticas en la prensa, destituciones, renuncias, enemistades, celos, antipatías, suspicacias, oposición sistemática al ministerio gobernante, lo mismo en tiempos de Luis XVIII que de Carlos X" (pág. 289).

Soria califica al político como "conservador crítico" (pág. 289) y pasa a estudiar sus actuaciones y, sobre todo, su pensamiento, en base a las obras de carácter específicamente político que escribió o a los discursos que pronunció en el Senado. Su antinapoleonismo, su fidelidad a la rama primogénita de los Borbones, por encima de la personalidad de sus príncipes, acreditada en los dos exilios, el napoleónico y el de Luis Felipe, y a costa de la pobreza personal, su importante intervención en el Congreso de Verona, tan favorable a la España de los Borbones, su decidido apoyo a la aventura militar francesa de los Cien Mil Hijos de San Luis... Fue una estrella de primera magnitud en la Europa de la época, respaldando siempre, como Metternich, las políticas conservadoras, si bien en Chateaubriand se aprecia mucho menos absolutismo y más vigor de pensamiento. Su carta a Guilleminot ante el cerco de Cádiz, insistiendo en el bombardeo de la ciudad, revela perfectamente su concepción de la

Monarquía: "Espero que no os asuste la necia idea de que pueda una bala alcanzar al rey. Deseo que no le pase nada malo; pero después de todo, se trata de la realeza y un rey no es más que un general en tiempo de guerra. El debe arriesgar su persona, ya que uno no consiente en morir por él, sino a condición de que también él morirá por el bien de sus súbditos cuando hiciere falta. Con tales temores y pusilanimidades no se hace nada" (pág. 330).

El "liberalismo" de Chateaubriand fue aducido por algunos -muchos más le llamaron "reaccionario", "ultramontano", "clerical"...— y Soria analiza extensamente la cuestión llegando a una conclusión totalmente negativa. Con la que estoy de acuerdo. El excurso que hace sobre Maurras parece excesivo. Excesivo sobre todo por el espacio que le dedica. Que el mediterráneo no simpatizaba con el atlántico resulta evidente. Que la influencia del provenzal condicionara a algunos de sus influenciados es muy posible y en algún caso parece irrebatible. Pero sorprende dar tanta cancha en este tema al político y escritor de Martigues. Si bien, una vez más, con derroche de erudición polifacética. Solamente una levísima matización respecto a la condena de la Acción Francesa. Cierto que en tiempos de San Pío X se había considerado, pero el Pontífice no la creyó conveniente. Y Pío XII la levantó. Pero se trata de una cuestión accesoria que ciertamente se pudo dilucidar en muchas menos líneas. Esa es, al menos, nuestra opinión. Reconociendo, por supuesto, que todo escritor da importancia a lo que crec que la tiene y escribe lo que le da la gana.

Lo verdaderamente importante es la conclusión de Soria exculpando absolutamente al vizconde de la tacha de liberal. Suscribo integramente —o casi, pues calificar a Rosmini como "uno de los mayores filósofos europeos" excede a mis elementales conocimientos filosóficos— la tesis del autor a este respecto encerrada en tres páginas brillantes (págs. 362-364). Brillantes como todas las del libro.

Las relaciones, malas, de Chateaubriand con los dos monarcas de la rama primogénita, Luis XVIII y Carlos X, son estudiadas con detenimiento y la erudición acostumbrada así como su exoneración —expulsión— del ministerio. Todo lo que dice de nuestro Villaurrutia me parece acertadísimo. Y otra leve reserva. Piensa Soria que tal vez se equivocara nuestro hombre al no aceptar las ofertas de Luis Felipe y al separarse irremisiblemente de la nueva situación. Porque cree que hubiera podido influir decisivamente a favor de la causa católica que estaba por encima del rey derrocado. Como no ocurrió, no lo sabemos. Pero no veo yo a Luis Felipe, rey de los franceses, propicio a dejarse influenciar por las ideas católicas de Chateaubriand. Según Maurois, como en 1804, volvió a elegir en 1830 "el honor y la pobreza" (pág. 416). Es al menos un hermoso epitafio.

Y el libro de Soria es un hermoso libro. Quizá su título más adecuado fuera el de *Consideraciones sobre Chateaubriand*. Eruditas y amplísimas consideraciones sobre Chateaubriand. Que nos aproximan a un personaje que no merece ser olvidado. Como católico, como político, como literato, como historiador... Quien lo lea terminará sabiendo mucho más. Sobre la persona y su época. Y sobre otras muchas cosas.

FRANCISCO FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Álvaro d'Ors: BIEN COMÚN Y ENEMIGO PÚBLICO^(*)

¡Deslumbrante! Tal es el calificativo primero que me vino a la cabeza al terminar la lectura de este nuevo y breve trabajo de Álvaro d'Ors. Deslumbrante por la precisión y encadenamiento lógico de los razonamientos; una lógica a la que bien cabe definir como la definió don Antonio Maura en su Discurso de ingre-

^(*) Colección "Prudentia Iuris", Ed. Marcial Pons, Madrid-Barcelona, 2002, 100 págs.